

currimos á la adulacion, á la lisonja, á las mas degradantes humillaciones, á la mas conocida injusticia; aumenta considerablemente nuestra impaciencia; en ninguna parte encontramos sosiego; la luz del dia se nos hace insoportable, el sueño huye de nuestros ojos, y todo sin otro objeto que el empeño de vencer aquella dificultad. Tal es nuestra conducta en la que procuramos por todos los medios posibles renovar la sentencia de muerte contra el Salvador. No podemos conseguirla en el tribunal de los romanos, y le conducimos al de los galileos; es decir, frustrado nuestro intento por un camino, recurrimos á otro.

Orgullosa Heródes en sumo grado, quiere satisfacer su curiosidad presenciando alguno de los milagros de Jesucristo; mas este que solo los hace cuando lo juzga oportuno, se niega en esta ocasion; por cuyo motivo aquel le desprecia, le califica de loco, y como á tal manda tratarle y conducirle de nuevo á Pilato. No faltaba sino esta injuria para completar aquella horrible fiesta. Acusado de alborotador, de hechicero y endemoniado, de gloton, de hombre malvado que se asociaba con publicanos y pecadores, de hereje y blasfemo, restaba solo que le tuvieran por loco, que es precisamente lo que hace Heródes.

Pilato, teniendo de nuevo en su presencia al supuesto reo, y á vista de la obstinacion de sus acusadores, se considera en el último apuro: ó le absuelve como á inocente atrayéndose el odio de aquellas gentes, y exponiéndose á los excesos de su furor, ó le condena contra el dictámen de su conciencia y las leyes todas de la justicia. En tan angustiosa situacion cree hallar un término medio, imponiéndole un castigo, por el que sin privarle de la vida, satisfaga la inhumanidad de aquellos monstruos: al efecto manda que sea públicamente azotado.

Ahora, cristianos, es necesaria una particular atencion; injurias y afrentas, aunque mas sensibles tal vez que los dolores corporales, pero ménos perceptibles para nosotros, son las que ha padecido el Salvador; mas en lo sucesivo presenciaremos los tormentos del cuerpo, ménos dolorosos, pero mas á propósito para excitar nuestra compasion: la rabia y el furor van á descargar sus terribles golpes sobre la inocencia; el infierno satisfará completamente su ira, atormentando aquel cuerpo mas puro y hermoso que todas las criaturas juntas; los bárbaros sa-

yones van á azotar al Cordero sin mancha. Qué horror! ¡imponerle un castigo de que por la ignominia estaban libres los ciudadanos romanos! El real Profeta nos dice (1), que es altísimo el lugar de refugio del Señor; que no llegará mal alguno adonde él esté, y que el azote no tendrá que ver en su morada: ¿cómo conciliar con este suceso la verdad de la profecía? Almas compasivas, cerrad vuestros ojos por no presenciar un espectáculo que llena de horror á la naturaleza toda; mas abridlos vosotros, pecadores obstinados, hombres mundanos y escandalosos, mujeres impuras y deshonestas, abridlos y ved desnudo al que viste los cielos de hermosura y resplandor, al que cubre de pieles á los cuadrúpedos, de plumas á las aves, de escamas á los peces, de plantas á la tierra; ved cubierto de ignominia aquel rostro divino, imágen la mas viva del pudor.

Dios omnipotente! vos que tantas veces cubristeis repentina y milagrosamente la desnudez de algunas puras vírgenes que padecian por vuestro amor, ¿por qué no cubris ahora la vuestra? ¡Tantos milagros entónces, y ahora os negáis á hacer uno solo! ¿Será que con las injurias haya disminuído vuestra omnipotencia?

No, no por falta de poder, sino de voluntad, dejó de hacerlo. Dueño de los tesoros de la naturaleza, pudiera vestirse del modo mas decoroso á su dignidad, sin que nadie en el mundo fuera capaz de impedirlo; pero no quiere hacerlo, para enseñarnos á ser humildes, á despreciar el lujo, las galas con que tantos procuran atraer hacia sí los corazones apartándolos de su Dios; quiso conducirse de este modo, porque así convenia y estaba determinado para nuestro remedio. Y con este objeto permitió que le atasen fuertemente á una columna, y empezaran á descargar sobre sus sagradas espaldas los mas furiosos golpes. Estos se repitieron hasta tal punto, que como dice un sabio contemplativo, abrieron una herida tan profunda, que á poco mas se descubrirían los huesos blancos entre la carne colorada. Arroyos de sangre brotaban de las heridas, regando aquella tierra infame, que sostenia á los bárbaros ejecutores de aquella injusta sentencia. La ley de Moises mandaba que los azotes, con que se castigaba á los malhechores, no llegasen á cuarenta (2),

(1) *Psalm.* 90. v. 9 et 10. (2) *Deut.* c. 25. v. 3.

porque no cayera delante del verdugo la carne de su hermano horrorosamente despedazada; pero no tienen fuerza las leyes cuando se trata de Jesucristo. Aquellos monstruos no desisten hasta que se hallan rendidos del cansancio, y el benignísimo Jesus se ve precisado á sufrir el dolor de mas de cinco mil azotes. ¿Es posible que solo se ha de quebrantar la ley para castigar al Autor de todas las leyes? ¿Será porque sus delitos superen á los de todos los malhechores?

No, Dios mio, no son vuestros pecados, sino los míos los que se castigan; mis hurtos, mis homicidios, mis liviandades merecen una pena infinita, y esa es la que vos estáis padeciendo. Ved, pecadores, el fruto de vuestras iniquidades; mas no creáis que es esto solo; la cabeza, adonde no habían llegado los azotes, ahora será atormentada de un modo no visto hasta esta ocasion. Las punzantes espinas de una corona, tejida de juncos marinos, penetran por todas partes aquella sacratísima cabeza, haciendo brotar abundancia de sangre que corria por todo su cuerpo. Vistiéndole otra vez la ropa encarnada, le pusieron una caña en la mano, y arrodillándose en su presencia, le dicen para mayor escarnio: Dios te salve rey de los judíos; le escupen en el rostro y le hieren con la caña que le habían puesto por cetro en las manos. Ó dulcísimo salvador mio! exclama un teólogo; ¿cómo no se parte mi corazón de dolor, cuando miro ese espectáculo tan doloroso? Bien doloroso en verdad, puesto que la sangre que salia de las heridas, caía por el rostro oscureciendo su divina hermosura.

Miserable de mí! ¿cómo habrán puesto á mi alma mis pecados, cuando los ajenos desfiguraron de tal modo á mi redentor, que juzgando el presidente que era bastante su figura para aplacar la ira de aquellas fieras, se le presentó diciendo: *ecce homo*: ved aquí el que deciais ser causa de los alborotos; mirad cuán humilde y comedido se manifiesta: *ecce homo*: ved al que queriais fuese condenado á muerte; ya ha sufrido unos tormentos mayores que la muerte misma: *ecce homo*: ved ahí un objeto capaz de mover á compasion á los más duros pederuales; mas insensibles que ellos seréis, si aún tratáis de atormentarle mas!

*Ecce homo*: mirad, almas cristianas, á vuestro Maestro y Rey; *ecce homo*: mirad, débiles pecadores, á vuestro Redentor: *ecce homo*: ved el resultado de vuestros crímenes, y conside-

rad si es acreedor á tan infames tratamientos el que con tal intension os ama; *ecce homo*: vedle, y decid si aún puede hacer mas por vosotros. *Ecce homo*: considerad el modo con que venga Dios sus ofensas, y cuán rectísima es su justicia; pero no olvidéis al mismo tiempo, que si esto ha permitido en su Hijo por los pecados ajenos, permitirá mucho mas en vosotros cargados de culpas propias.

Cada vez mas obstinados los judíos, léjos de compadecerse viendo á Jesus en aquel estado, piden con mayor empeño su muerte. *Crucifigatur*, claman; que sea crucificado. Conociendo el presidente cada vez mas su inocencia, les propone un medio por el que juzga salvarle. Un reo de muerte esperaba el momento de la ejecucion, justo castigo de sus homicidios y alborotos; este era Barrabas: y como en la solemnidad de la Pascua acostumbraban á soltar á alguno; ¿á quién queréis, les dice, que ponga en libertad, á Barrabas ó á Jesus Nazareno? Pero, ó maldad inaudita! todos á una claman, que sea libre Barrabas. Y qué he de hacer con Jesucristo? pregunta Pilato. *Crucifigatur*, responden enfurecidos: entregarle á la muerte, crucificarle.

No de otro modo nos conducimos, cuando queremos satisfacer nuestras pasiones. La conciencia reprende al avaro, haciéndole ver que no puede desear los bienes del prójimo, y mucho ménos tomarlos sin apartarse de Dios; pero su perversa voluntad, *non hunc*, responde, *sed Barrabam*: llénense mis arcas, tenga yo en mis manos el dinero, y vaya Dios léjos de mí. Y qué haremos de él? repone la conciencia. *Crucifigatur*, responde la voluntad: sea lo que quiera, sácese mi apetito, y muera el Hijo de Dios. Se resiste á nuestras inicuas solicitudes una honesta doncella, proponiéndonos la malicia de aquella accion, la indignacion con que Dios mira la impureza, la severidad con que ha castigado siempre á los lascivos. Es necesario despreciar esas ideas, responde el solicitante: en esta vida no hay otra felicidad que la satisfaccion de las pasiones; satisfagámoslas pues. Pero ¿y Dios que lo ve todo, y nos prohíbe estos delitos? Dios no se acuerda ahora de nosotros; tiempo tenemos de servirle, sirvamos al presente á nuestro cuerpo: *non hunc sed Barrabam*. Ó injuria, ó vilipendio! ¿preferir un vil deleite, un gusto momentáneo á los placeres de la virtud! ¿estimar en mas la satisfaccion de nuestros apetitos que la gracia y amistad de Dios!

¡pedir la muerte de Jesucristo, por conseguir un bien imaginario que ha de acarrear la muerte á nuestras almas!

Viendo los judíos la intencion del presidente, le amenazan con la autoridad del César: si le perdonas no eres amigo del César, le decian. Flaquea entónces su constancia, se dispone á firmar la sentencia mas inicua, condena á muerte al inocente. Infeliz! qué has hecho? ¿tienes en mas el favor del César que la tranquilidad de tu conciencia? sabes quién es ese cuya muerte has firmado? ¿olvidas que es el mismo, que te ha dado la potestad de juzgar, y que poco ántes te ha dicho: *non haberes potestatem adversus me ullam, nisi tibi datum esset desuper?* Y si fuera eso solo! pero es el mismo que te ha de juzgar en el mas terrible de los dias, época fatal en que no se dejará vencer de respetos humanos como tú; no imitará tu injusto proceder, sino que observará una rigurosísima justicia.

Tambien nosotros le imitamos por desgracia, desatendiendo nuestras obligaciones por no desagradar al mundo, abandonando la ley de Jesucristo por conseguir los bienes temporales. El lisonjero procura granjearse el afecto de sus superiores, halagando sus pasiones y desacreditando en su presencia á sus enemigos. La mujer desprecia su honestidad, por conseguir el amor ó las riquezas de su impuro cómplice. Todos los pecadores prefieren agrandar al mundo á conservar la vida de Jesucristo.

Veamos por último las demostraciones de alegría, con que es acogida la sentencia; escuchemos el griterío y algazara con que aquellos infelices celebran su triunfo; veamos cuán diligentes se ocupan en inventar nuevos géneros de martirios para satisfacer su crueldad. Colocan sobre los hombros del mas inocente y santo de los hombres el pesado madero en que habia de ser crucificado, sin atender á la costumbre religiosamente observada hasta entónces, de ocultar al reo los instrumentos de su muerte. Veamos al divino Jesus llevando sobre sí el enorme peso de nuestras culpas, carga superior á las fuerzas de todos los hombres; veámosle caminar á paso lento y caer oprimido en tierra, y entónces conoceremos lo que pesa el pecado mortal. Todo un Dios no puede con él, y nosotros insensatos ¿ni aún sentimos su carga? ¿nosotros alegres repetimos las culpas, añadimos pecados á pecados, que es lo mismo que hacer caer á Jesucristo segunda y tercera vez, y levantarle á golpes, ó tirando con furia de la sogá que lleva al cuello?

Temible era que el Salvador no pudiese llegar al Calvario; por tanto buscan uno que le ayude á llevar la cruz, aparentando una compasión que no tienen, y ejercitando en realidad la mayor y mas espantosa crueldad; tratan de aliviar su cansancio, para que no muera en el camino y les prive del bárbaro placer de crucificarle vivo. ¡Quién tuviera la satisfaccion de poder aliviar á este Señor tan maltratado! Quién se encontrara en el lugar del Cirineo! ¡Quién fuera tan feliz, que mereciera ver abierta su mano con el duro clavo que atraviesa las del Omnipotente!

No es posible detenerme á referir todo lo ocurrido en el Calvario: suplan el silencio y vuestra consideracion lo que mi dolor no permite expresar á mi balbuciente lengua. Judíos ingratos, ya tenéis crucificado al objeto de vuestro odio, ya habéis conseguido saciar vuestra rabia y furor para con él. Vuestra perversidad ¿será capaz de sugeriros nuevos medios de atormentarle? Levantádle en alto para que sea visto de todos: dejád caer de golpe ese madero en que está crucificado, para que se renueven las llagas y brote de nuevo esa sangre dispuesta á redimirnos. Colocádle para mayor afrenta entre dos ladrones; hacédle el objeto de vuestras burlas y menosprecios.

Así lo hacen: pasando delante de la cruz y moviendo la cabeza, ah! le dicen, tú que asegurabas que habias de destruir el templo de Dios, y lo reedificarías en tres dias, cumple lo prometido: si eres Hijo de Dios, baja de la cruz; ¿con que salvaste á otros, y no puedes salvarte á ti mismo? Dónde está ese poder de que tanto blasonabas? Y cómo creéis que correspondia á tan atroces insultos? Compadeciéndose de los mismos que le insultaban, pidiendo al eterno Padre que les perdonara, y disculpándolos atribuyendo á ignorancia su infame conducta. *Padre, perdónalos, dice, que no saben lo que hacen;* primera palabra que pronunció en la cruz.

Ó amor infinito! ó caridad inimitable é incomprensible de mi Dios! ¡pedir tan de veras el perdón para sus mismos enemigos, al tiempo que con sus ofensas y ultrajes cometian el mayor de todos los pecados! ¡inventar nuevos beneficios para aquellos que sin acordarse de sí mismos, están proyectando nuevo género de tormentos y afrentas para el mismo bienhechor! Qué contraste!

Qué habéis hecho, judíos ignorantes! á quién habéis coloca-

do en esa cruz afrentosa? á quién injuriáis con tan groseras ofensas? Ay! al mejor, al mas amable, al mas benéfico de todos los hombres; al que es devorado de la sed mas ardiente por vuestra felicidad. Así lo dice él mismo : *sitio* : sed tengo.

Cuánto puede el amor verdadero, Dios mio! vos sediento! ¡vos que supisteis sacar agua de un duro peñasco para refrigerar la sed de los israelitas! vos que con el mismo fin dulcificasteis las aguas del mar! ¡vos que enviasteis el ángel, para que manifestase á Agar el pozo, de donde sacó agua para su hijo, expuesto á morir de sed! Pero cuál es la sed que os molesta? Ah! no es de agua material, sino de la salud de nuestras almas; no deseáis vuestro refrigerio, sino la felicidad de todos los hombres. Estos agradecerán como es justo tan singular beneficio; templarán vuestro ardor presentándoos una bebida fresca y dulce. Ay que no es así! lo que os presentan, es un vinagre mezclado con la hiel mas amarga.

Viendo nosotros que nuestro Redentor bebe un cáliz tan amargo, ¿tendremos valor para buscar licores exquisitos, manjares delicados? ¿nos esmeraremos... Pero oigamos esa tremenda voz que sale de la boca del Salvador. *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* exclama con el acento mas triste.

Vos, Dios mio, desamparado de todos hasta del Padre eterno! ¿Á quién sino á vos ha faltado hasta ahora un amigo, un pariente, un conocido, una alma compasiva, que le haya prestado algun consuelo en sus tribulaciones, que le haya reanimado en sus tormentos? Siendo así que á la menor insinuacion de vuestra voluntad se os enviarían innumerables legiones de ángeles que os acompañaran y sirvieran, ¿por qué permitís tan general desamparo? ó en otro caso, por qué prorumpís en esas quejas?

Lo que con esta conducta quiere demostrarnos Jesucristo, es que el mayor mal que puede sobrevenir al hombre es el ser desamparado de Dios, y que la prueba eficaz de nuestra ingratitud es el abandonarle, cuando está padeciendo por nosotros. Este desamparo, este abandono es el que lamenta; este es el que le hace prorumpir en tan amargas quejas; este es el que le coloca á punto de morir; y con este sentimiento exhala el último suspiro.

Circunstancia terrible! ya consumó, cristianos, la obra para

que fué enviado, el Salvador : ya se acabó el sacrificio mas doloroso y el único capaz de aplacar la ira del Padre eterno. *Consummatum est* : ya se sació completamente la crueldad y envidia del infierno, al oscurecerse la mas brillante luz, al extinguirse el aliento que resucitaba á los muertos, al enfriarse los extremos de aquel cuerpo pendiente de la cruz, al helarse la poca sangre que habia quedado en sus venas. *Consummatum est* : ya un sudor frio se extiende por todos sus miembros; ya enmudece aquella lengua, cuya palabra hizo salir de la nada á toda la naturaleza; aquella lengua va ya perdiendo su movimiento, de suerte que apenas acierta á encomendar su espíritu al eterno Padre : una voz lánguida, sumamente débil deja oír aquellas memorables palabras : *in manus tuas commendo spiritum meum*. *Consummatum est* : ya se vuelve pálido y desfigurado aquel rostro que era la hermosura de los cielos; ya se cierran aquellos ojos clarísimos; la imágen de la muerte se pinta en aquella frente pura y serena. *Consummatum est* : el cielo se cubre de luto, los elementos se alteran, el sol va ocultando sus luces, la tierra, las piedras, el velo del templo, todo, hasta el corazón de María se rompe de dolor.

Madre amantísima, apartaos de tan horroroso lugar, que no podréis soportar la vista de vuestro Hijo difunto. Difunto! sí, ya espiró, cristianos; ya murió nuestro padre, nuestro amigo, nuestro bienhechor, nuestro Dios. Tiempo es ya de que todas las criaturas se deshagan en llanto, habiéndoles faltado su criador. Ángeles gloriosos, llorad la muerte del que era vuestra gloria : llorad, cielos, la muerte del que os concedió vuestra hermosura : astros, llorad la muerte del que os comunicaba vuestros resplandores : llorad, brutos, la muerte del que os preparaba el alimento : llorad, aves, la muerte del que os vestía de plumas : llorad, plantas, la muerte del que conservaba vuestras producciones : llorad piedras, llora naturaleza toda..., llorad vosotros principalmente, hombres, á cuya vida ha sacrificado la suya. ¿Quién tiene mas motivo para llorar que nosotros? nuestro amor, nuestro remedio, nuestra salud, nuestra eterna felicidad le han conducido á la muerte. Las injurias, los desprecios, los azotes, la corona, la cruz, los tormentos, todo se lo hemos proporcionado nosotros; nosotros le hemos pospuesto á Barrabas; nosotros le hemos crucificado : lloremos pues. Pero qué digo? llorar! yo me contentaría con que no repitierais á

cada paso la sangrienta escena del Calvario; me daría por satisfecho con que no renovarais todos los días sus llagas, con que no atravesarais su costado despues de haberle muerto, como el bárbaro sayon hizo con su lanza: nada me importaría que no llorarais la muerte del Redentor, si emplearais vuestras lágrimas en otro objeto no ménos digno de ellas, cual es vuestra desgracia y la de vuestros hijos, que fué á lo que él mismo nos exhortó, cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalem: *no lloréis, dice, por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos*, porque si yo he sido tan fieramente atormentado y tan afrentosamente muerto, ¿quién será capaz de comprender la inmensidad de los tormentos y la crueldad de la muerte que os aguarda á vosotros? Ay de nosotros, si se verifica esta terrible amenaza!; Ay de nosotros, infelices pecadores, si llega á caer sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos esta sangre preciosísima, que los bárbaros judíos llamaron sobre sí en los momentos mas terribles de su furor! Con ella vendrá la mas completa venganza del eterno Padre, por la ingratitud con que correspondemos á tantos beneficios.

Pero, ó Dios de bondad! caiga, sí, caiga sobre nosotros, no para castigar nuestros delitos, sino para lavar nuestras almas, para plantear en ellas el gérmen de las virtudes, para que sepamos en algun modo agradecer el beneficio y aprovechar el fruto de vuestra pasión. Caiga, que ya nos arrepentimos firmemente de haberos ofendido, y os decimos cada uno de lo íntimo de nuestro corazón: Señor mio Jesucristo, criador y redentor mio, por ser vos quien sois, y por lo mucho que me amáis, os amo con todo mi corazón, y me pesa en el alma no haberos amado siempre; me pesa de haberos ofendido; me pesa de haber aprobado y aún ejecutado vuestra muerte con mis culpas. Ojalá hubiera muerto yo mil veces ántes! mas ya que lo hice, me pesa, y prometo no volver á pecar, no volver á ofenderos, no haceros morir otra vez. Y pues habéis muerto para salvarme, salvádme por vuestra pasión, por vuestra sangre, por vuestra muerte: hacédmme participante de vuestros méritos, para que lo sea tambien de vuestros premios eternos. Amen.

## SERMON

SOBRE

### LAS SIETE PALABRAS

QUE HABLO JESUS EN LA CRUZ.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.*

De muchas maneras y de diversos modos habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por medio de los profetas: en estos días nos ha hablado á nosotros novísimamente por medio de su hijo.

*S. Pablo á los hebreos, c. 1. v. 1 y 2.*

Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites, ya nos amaba. Cuando afirmaba los aires arriba, cuando abría las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacia nacer en los cielos una luz indeficiente, cuando embellecía los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando componía todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamas de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irra-